



# FUEGO PERSA

EL PRIMER IMPERIO MUNDIAL  
Y LA BATALLA POR OCCIDENTE

TOM HOLLAND



 Planeta

TOM HOLLAND

# FUEGO PERSA

El primer imperio mundial  
y la batalla por Occidente

Traducción de Diana Hernández Aldana

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: *Persian Fire: The First World Empire and the Battle for the West*

© Tom Holland, 2005  
© por la traducción, Diana Hernández, 2007  
© Editorial Planeta, S. A., 2007  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

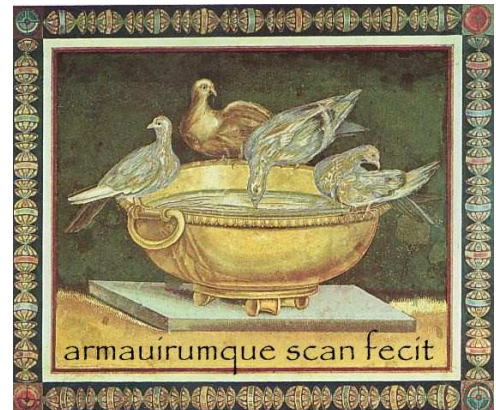
Fragmento de *Vidas paralelas*, de Plutarco:  
© por la edición española, Editorial Gredos, 2001  
© por la traducción, Aurelio Pérez Jiménez, 2001

Fragmento de la *líada*, de Homero:  
© por la edición española, Editorial Gredos, 1996  
© por la traducción, Emilio Crespo Güemes, 1996

Extracto de «Sobre los caníbales», en *Ensayos completos*, de Montaigne:  
© por la edición española, Editorial Cátedra, 2003;  
© por la traducción, Almudena Montojo, 2003

Todos los fragmentos de *Los nueve libros de la historia*, de Herodoto:  
© por la edición española, Editorial Éxito, Clásicos Jackson, Barcelona, 1954  
© por la traducción, María Rosa Lida, 1954

Primera edición: abril de 2007  
Depósito Legal: M. 11.800-2007  
ISBN 978-84-08-07189-1  
ISBN 0-316-72664-8 edición original  
Composición: Anglofort, S. A.  
Impresión y encuadernación: Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España



## Fuego persa. El primer imperio mundial y la batalla por Occidente

**Tom Holland**

**Título original:** *The First World Empire and the Battle for the West*

**Editorial:** Planeta

**Año publicación:** Abril 2007

**Traducción por:** Diana Hernández Aldana

**Temas:** Ensayo: Historia

**Colección:** Fuera de colección

570 páginas

**ISBN:** 978-84-08-07189-1

**Tapa dura** 15 x 23 cm.



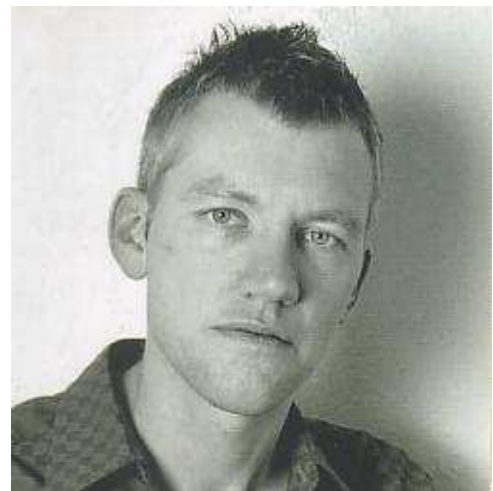
A principios del siglo V antes de Cristo, Occidente estuvo a punto de desaparecer. La mayor máquina de guerra que la Historia había conocido hasta la fecha, el poderoso imperio persa, se fijó en las pequeñas ciudades griegas para continuar su expansión militar. Si los persas triunfaban, acabarían con la democracia, la filosofía y la ciencia griega y con ello arrancarían de raíz la civilización occidental de la faz de la Tierra. Frente a ellos, sólo un puñado de hoplitas, inferiores en número y enfrentados por las enemistades locales entre Atenas y Esparta. El emperador Darío estaba seguro de la victoria: continuaría la labor del gran Ciro y su imperio dominaría toda Europa.

Después de todo, el Imperio Persa jamás había sido derrotado, y no serían aquellos occidentales rebeldes y primitivos los primeros en hacerlo... ¿o sí?

Tom Holland nos traslada a la época más apasionante de la historia de una forma nunca vista hasta la fecha. Nos sentiremos en primera línea de batalla en el desfiladero de las Termópilas y entre las trirremes en llamas en Salamina mientras Holland nos explica los entresijos de aquel conflicto y nos hace comprender cómo tiene mucho que enseñarnos respecto a las relaciones entre Occidente y Oriente en la actualidad.

**TOM HOLLAND** se licenció con honores en Cambridge y se doctoró en Oxford. Es un popular comentarista de radio en el Reino Unido y ha escrito para Radio 4 una prestigiosa serie de adaptaciones de las *Historias* de Heródoto y de la *Eneida* de Virgilio, a las que seguirán la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero. Es autor de las novelas *The Bone Hunter*, *Slave of My Thirst* y *Lord of the Dead*.

En 2005 publicó en Editorial Planeta la fascinante *Rubicón*.



Fotografía de la sobrecubierta Relieve de Domitius Ahenobarbus\*. Museo del Louvre, París (© Photo RMN / © Les frères Chuzeville). Fotografía del autor: © Simon Marsden.

Realización de la sobrecubierta: Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

\* Esto es lo que pone la salvaguarda del libro, tratándose de un error, pues la ilustración es el llamado vaso Chigi. La página siguiente que explica el dislate no corresponde al libro impreso [Nota del escaneador]

El famoso *oinochoe* protocorintio llamado Vaso Chigi, fechado en el año 640 a. C. Roma, Villa Giulia, Museo Nazionale Etrusco.



La obra a la que hace referencia erróneamente es ésta: Friso del Censo, Louvre altar de Domitius Ahenobarbus en el Campo Marzio, Roma, Musée du Louvre, París Ma 975.



## Índice

[Las páginas hacen referencia a la edición impresa]

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Lista de mapas</i>	11
<i>Nota sobre los nombres propios</i>	13
<i>Prefacio</i>	15
1. LA GRAN RUTA DEL JORASÁN	35
2. BABILONIA	78
3. ESPARTA	105
4. ATENAS	146
LAS BARBAS CHAMUSCADAS DEL REY DE PERSIA	195
5. LA TORMENTA SE AVECINA	258
6. A RAYA	320
7. NÉMESIS	372
<i>Post scriptum</i>	441
<i>Cronología</i>	443
<i>Notas</i>	447
<i>Bibliografía</i>	483
<i>Índice onomástico y de materias</i>	499

## Notas\*

A menos que se señale lo contrario, las citas de autores clásicos se refieren a los siguientes textos: Elio, *Miscelánea*; Esquilo, *Los persas*; Arístides, *Discursos de Elio Arístides* (Leipzig, W. Dindorf, 1829); Ateneo, *el banquete de los eruditos*; Cicerón, *De la adivinación*; Ctesias, *Fragmentos*; Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*; Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*; Heródoto, *Los nueve libros de la historia*; Pausanias, *Descripción de Grecia*; Polieno, *Estratagemas*; Quinto Curcio, *Historia de Alejandro Magno*; Estrabón, *Geografía*; Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*.

---

\* En el original impreso las notas aparecen al final del libro impreso. En nuestra edición las incluimos a pie de página [Nota del escaneador]

Para Jamie y Carolina

## Agradecimientos

He deseado escribir un libro sobre las guerras médicas desde que era muy joven, y ahora tengo una deuda de gratitud inmensa hacia todos aquellos que me han dado la oportunidad de dedicarle tres años de mi vida al estudio del tema. Hacia Patrick Walsh, el mejor amigo y agente. Hacia mis editores, Richard Beswick y Steve Guise. Hacia Gerry Howard, Dan Israel, Ricardo Artola y Joan Eloi Roca Martínez, por todo su estímulo desde el extranjero. Hacia Louise Allen-Jones y Elizabeth van Lear, por su apoyo, más cercano a casa. Hacia Amélie Kuhrt y Paul Cartledge, por compartir su incomparable erudición con gran generosidad y por salvarme de más errores de los que quisiera llevar la cuenta. Hacia el personal de la Biblioteca de la Sociedad para la Promoción de los Estudios Helenísticos de la Universidad de Londres, por su mezcla perfecta de eficiencia y cortesía. Hacia Maike Bohn, por salir con Michael Cullen y, de ese modo, presentarme a un escritor de libros cuyo conocimiento sobre Grecia es ilimitado. Hacia Philip, Francis y Barbara Noel-Barker, por los meses felices en Eubea. Hacia Jonathan Tite, por organizar un día perfecto en una lancha por los alrededores de Salamina. Hacia Nick y Sarah Longman, por su hospitalidad en Atenas. Hacia mi padre, por acompañarme en las excursiones a las Termópilas. Hacia Michael Lowry y Deniz Gurtin, por su hospitalidad en Bodrum. Hacia Elahe Tabari, por su ayuda en Persépolis. Hacia Autrey y Becky Gordon, por todo lo que han hecho para mantener a raya a los enemigos del buen arte.

Hacia Caroline y Jamie Muir, sin cuya amistad, apoyo y buen humor todavía estaría escribiendo este libro, y a quienes está dedicado. A mi amada familia, Sadie, Katy y Eliza, por aguantar con tanta paciencia mis largos retiros de erudito, por la alegría con la que visitaron las polvorientas ruinas de Grecia, Irán y Turquía, y por darme algunos de los momentos más felices de mi vida. οὐ μὲν γάρ του γε χρεισσον χάϊα αρειον.

**Lista de mapas**

El imperio persa	30-31
Grecia y el Egeo	32-33
Mesopotamia e Irán	36-37
El Peloponeso	110
Ática	159
Atenas en los siglos VI y V a. J.C.	173
Satrapías persas en Occidente	209
Maratón	250
Occidente	289
A raya: Grecia en el año 480 a. J.C.	315
Las Termópilas	353
Salamina	380
Batalla de Salamina	388
Platea	420

**Nota sobre los nombres propios**

En aras de la accesibilidad, mi política a lo largo de este libro ha consistido en usar la forma latina —y moderna, en aquellos casos que el uso se ha castellanizado— de los nombres propios, en lugar de utilizar el original griego o persa. Darío, por ejemplo, en lugar de Darius, Dareios o Daryush.

## Prefacio

Durante el verano de 2001, a un amigo lo nombraron director del departamento de historia de una escuela secundaria, y entre las muchas decisiones que tuvo que tomar antes de que empezara el curso siguiente había una que le apremiaba de modo especial. Durante un tiempo tan dilatado que ya nadie recordaba otra cosa, los estudiantes de historia del último curso se habían visto obligados a leer un trabajo dedicado al ascenso de Hitler al poder. Sin embargo, con la promoción de mi amigo empezaban a soplar vientos de cambio. Era menester derrocar a Hitler, sugería el nuevo director, y en su lugar había que estudiar un tema muy diferente: las Cruzadas. Esta radical propuesta sería recibida entre alaridos de angustia: ¿Qué sentido —preguntaban sus colegas— tenía estudiar un período tan remoto y ajeno a las preocupaciones contemporáneas? Cuando mi amigo alegó que los alumnos de historia podrían beneficiarse del estudio de algún tema que no se relacionase de manera exclusiva con los dictadores del siglo XX, la indignación creció. El totalitarismo, argumentaban los otros profesores, era un tema vivo, mucho más de lo que podrían serlo jamás las Cruzadas. Los odios entre el islam y el cristianismo, entre Oriente y Occidente, ¿qué relevancia podían tener?

La respuesta, por supuesto, llegaría pocas semanas más tarde, el 11 de septiembre, el día en que diecinueve secuestradores se inmolaron a sí mismos y a otros miles a causa de unos agravios que, sin duda, databan del medievo. Las Cruzadas, al menos en opinión de Osama bin Laden, nunca habían terminado. «No se os debería esconder —había advertido ya Bin Laden al mundo musulmán en 1996— que los pueblos del islam siempre han sufrido agresiones, iniquidad e injusticias impuestas sobre ellos por la alianza entre sionistas y cruzados.»<sup>1</sup> Aunque Bin Laden tuviese una capacidad espeluznante de explotar el mundo contemporáneo del transporte aéreo y de los medios de comunicación de masas, hacía tiempo que estaba interpretando el presente a la luz de la Edad Media. En sus manifiestos, el pasado y el presente tienden a confundirse como si fuesen un tiempo único: el abuso de crímenes espantosos cometidos por Estados Unidos e Israel se mezcla con los reclamos que aspiran a restaurar el mandato musulmán en España o en el Califato medieval. No sorprende que cuando el presidente Bush, inopinadamente, decidió referirse a la guerra que su administración estaba llevando a cabo como una «cruzada», sus asesores le rogaran que no volviera a utilizar jamás una palabra tan ominosa.

Tampoco sorprende, por supuesto, que el presidente de Estados Unidos esté menos al corriente de las sutilezas de la historia medieval que un fanático saudita. «¿Por qué nos odian?» Durante las semanas y los días que siguieron al 11 de septiembre, el presidente Bush no sería el único en enfrentarse a esta pregunta. Los periódicos del mundo entero se hallaban tomados por expertos que intentaban dar cuenta del resentimiento musulmán hacia Occidente, que buscaban sus orígenes en los caprichos recientes de la política exterior estadounidense, o bien un poco antes, en la separación de Oriente Medio que las potencias coloniales europeas habían llevado a cabo. Algunos incluso buscaban su origen en las Cruzadas, al hilo del propio análisis de Bin Laden. Pero aquella idea, que la primera gran crisis del siglo XXI pudiese haber surgido de un torbellino de odios antiguos y confusos, era de una ironía conspicua. Se suponía que la globalización había traído consigo el fin de la historia y, sin embargo, parecía estar instigando a cualquier cantidad de espectros indeseables a abandonar el reposo ancestral. Durante décadas, el Oriente contra el cual Occidente se había definido a sí mismo era comunista; ahora era islámico, como en realidad había sido siempre, o como había sido, al menos, desde mucho antes de la revolución rusa. La guerra de Iraq, el surgimiento, a través de toda Europa, de un sentimiento antiinmigratorio y, en especial, antimusulmán, la pregunta sobre si Turquía debería ser admitida en la Unión Europea: todas estas cuestiones se confunden con los ataques del 11 de septiembre para reavivar la conciencia agónica de la falla que

---

<sup>1</sup> De la «Declaración de guerra contra los americanos que ocupan la tierra de las dos mezquitas santas», citada por Burke, p. 163.



divide al Occidente cristiano del Oriente islámico.

Que las civilizaciones están destinadas a chocar durante el nuevo siglo, como han aducido de distintas maneras tanto los terroristas de Al Qaeda como los académicos de Harvard, sigue siendo, hasta el momento, una tesis controvertida. Lo que no se puede discutir, sin embargo, es el extremo al que diversas culturas, al menos en Europa y en el mundo musulmán, se han visto obligadas a examinar el propio fundamento de sus identidades. «La diferencia entre Oriente y Occidente —pensaba Edgard Gibbon— es arbitraria y varía alrededor del globo.»<sup>2</sup> Sin embargo, que tal diferencia existe, es decir, que Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, se cuenta entre las suposiciones más antiguas de la historia, y es mucho más antigua que las Cruzadas, que el islam y que la cristiandad. Su linaje es tan venerable que data de hace casi dos mil quinientos años. Con la pregunta de «¿por qué nos odian?» empezó la historia misma, puesto que en el conflicto entre Oriente y Occidente fue donde el primer historiador del mundo descubrió, en el siglo V a. J.C., el tema de la obra de su vida.

Su nombre era Heródoto. Y como ciudadano griego de lo que hoy en día es la turística zona portuaria de Bodrum, en Turquía, por aquel entonces llamada Halicarnaso, Heródoto había crecido en la frontera con Asia. ¿Por qué, se preguntaba, a los pueblos de Oriente y Occidente les resulta tan difícil vivir en paz? A primera vista, la respuesta parecía simple: los asiáticos, según Heródoto, consideraban Europa un lugar inconciliablemente ajeno, «y desde entonces siempre tuvieron por enemigos a los griegos».<sup>3</sup> Pero la manera en que aquella fractura había ocurrido en primer lugar le planteaba un enigma al propio Heródoto. Tal vez la causa hubiese sido el secuestro de una o dos princesas a manos de piratas griegos, o quizás hubiese sido el incendio de Troya. «Así lo cuentan al menos los griegos y los fenicios. Yo no voy a decir si pasó de este o de otro modo.»<sup>4</sup> A Heródoto no se le escondía que el mundo no tenía límites y que la verdad de un hombre podía fácilmente ser la mentira de otro. No obstante, si los orígenes del conflicto entre Oriente y Occidente ya parecían perderse en el mito, no ocurría lo mismo con sus efectos, que pronto se harían evidentes de un modo trágico. La diferencia había engendrado la sospecha, y la sospecha engendraría la guerra.

Una guerra, por cierto, sin parangón. En el año 480 a. J.C., unos cuarenta años antes de que Heródoto empezara a escribir su historia, Jerjes, el rey de Persia, había llevado a cabo una incursión en Grecia. Al tratarse del tipo de aventura militar en la que los persas se habían especializado durante mucho tiempo, la victoria —rápida y espectacular— hacía décadas que parecía un derecho natural de los persas. El aura de invictos que poseían daba buena cuenta de la magnitud y rapidez sin precedentes de sus conquistas anteriores. Porque alguna vez los persas habían sido un pueblo insignificante, poco más que una desconocida tribu montañesa, confinada a las llanuras y los montes de lo que ahora es el sur de Irán. Pero a lo largo de apenas una generación, esa misma tribu había devastado Oriente Medio, saqueando ciudades famosas y construyendo sobre ellas un imperio que se iba a extender desde la India hasta las orillas del Egeo. Como resultado de aquellas conquistas, Jerjes se había convertido en el hombre más poderoso del planeta, y los recursos a su disposición parecían casi ilimitados. Europa no iba a ser testigo de una invasión por la fuerza que pudiese compararse con la invasión de Jerjes de Grecia hasta el año 1944, durante el verano del desembarco en Normandía, el así llamado día D.

Al lado de aquel monstruo ciego y destructivo, los griegos eran pocos y se encontraban, además, divididos sin remedio: la propia Grecia era poco más que una expresión geográfica; no un país, sino un mosaico de ciudades-estado en conflicto, con frecuencia chauvinistas y al extremo de la violencia. Es cierto que los griegos se concebían a sí mismos como un solo pueblo, unido por la lengua, la religión y las costumbres, pero el rasgo más evidente que las distintas ciudades griegas parecían tener en común era su adicción a pelearse entre sí. En cuanto a los persas, someter a los

<sup>2</sup> Gibbon, vol. 3, p. 1095.

<sup>3</sup> Heródoto, 1.4. Se ha utilizado aquí la traducción de María Rosa Lida: *Los nueve libros de la historia*, Editorial Éxito, Clásicos Jackson, Barcelona, 1954. La traducción literal de Holland sería «y es así como creen que los griegos siempre serán sus enemigos».

<sup>4</sup> *Ibidem*, 1.5.

griegos que vivían en lo que hoy en día es el oeste de Turquía, incluido el pueblo natal de Heródoto, y asimilarlos como parte del imperio había sido cosa fácil durante los primeros años de su ascenso al poder. Incluso las dos potencias principales de la Grecia continental, la naciente democracia de Atenas y el estado rigurosamente militarizado de Esparta, parecían poco preparadas para oponer resistencia de un modo efectivo, así que cuando el rey persa decidió someter de una vez por todas a aquellos pueblos rebeldes y peculiares que habitaban la franja occidental de su gran imperio, el resultado parecía estar decidido de antemano.

Aun así, y de manera portentosa, puesto que los persas constituían la fuerza expedicionaria más grande que hubiese existido jamás, los griegos del continente habían logrado resistir, los invasores habían tenido que retroceder y Grecia había mantenido su libertad. El relato de cómo se habían enfrentado a una superpotencia y la habían derrotado parecía la historia más extraordinaria de todos los tiempos incluso a ojos de los propios griegos. ¿Cómo lo habían logrado exactamente? ¿Y por qué? ¿Y, en primer lugar, qué había motivado aquella invasión? Preguntas como éstas, que no dejaban de resultar acuciantes incluso al cabo de cuatro décadas, llevaron a Heródoto a buscar un estilo de investigación totalmente novedoso. Por primera vez, un cronista iba a optar por buscar los orígenes de un conflicto allí donde podía verificarlos en persona, en lugar de remover un pasado tan remoto que se tornara por completo fantástico, o de endilgarlos a los caprichos y deseos de algún dios o a la proclama de algún pueblo sobre su destino manifiesto. Heródoto, comprometido con transcribir sólo los testimonios de informantes o testigos vivos, daría la vuelta al mundo, convirtiéndose en el primer antropólogo, el primer periodista de investigación y el primer corresponsal en el extranjero.<sup>5</sup> Los frutos de su curiosidad insaciable no sólo dieron lugar a una narrativa, sino al análisis más vasto posible de toda una época en su variedad, tolerancia y complejidad. El propio Heródoto describiría su obra como una serie de «investigaciones»: una *historia*, «que he escrito aquí», como declara en la primera oración de la primera obra de historia que escribió, «para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres, y para que no queden sin gloria grandes y maravillosas obras, así de los griegos como de los bárbaros, y sobre todo, la causa por la que se hicieron guerra».<sup>6</sup>

Los historiadores siempre quieren defender la importancia de su material, claro está. En el caso de Heródoto, sus afirmaciones han estado sometidas a escrutinio durante dos mil quinientos años, tiempo en el cual su suposición de partida, que la guerra entre griegos y persas había tenido una trascendencia nunca antes vista, se ha podido comprobar de modo triunfal. John Stuart Mill dijo que «la batalla de Maratón, incluso como evento de la historia inglesa, tiene mayor importancia que la batalla de Hastings».<sup>7</sup> Hegel, en un tono más expansivo, como cabía esperar de un filósofo alemán, declaró que «el interés del espíritu universal pesó aquí sobre la balanza».<sup>8</sup> Y seguro que así fue. Cualquier relato de unas circunstancias a las que se haya hecho frente con heroicidad será conmovedor, pero será aún más apasionante si tales hechos son de una magnitud incalculable, incomparable. Durante los intentos persas de someter la Grecia continental se hallaba mucho más en juego que la independencia de aquello que Jerjes tenía por poco más que un amasijo de estados terroristas. Si los atenienses hubiesen sido súbditos de un rey extranjero, nunca habrían tenido la oportunidad de desarrollar su singular cultura democrática, de modo que gran parte de lo que más

<sup>5</sup> Hace mucho tiempo que se ridiculiza a Heródoto por lo que parecen fantasías, como si se tratara del padre de las mentiras y no de la historia. Pero las décadas recientes han presenciado una reevaluación fundamental de la exactitud de sus afirmaciones: nuevos descubrimientos arqueológicos demuestran constantemente su fiabilidad. Un *recuento breve pero excelente de la cuestión se puede encontrar en un artículo de Stephanie Dalley*, «Why did Herodotus not mention the Hanging Gardens of Babylon», en *Herodotus and his World*, Derow y Parker (eds.). *En cuanto a la visión contraria, y no del todo desprestigiada, según la cual Heródoto se inventó gran parte de su historia, véase Fehling*.

<sup>6</sup> *Heródoto: 1.1. Traducción de María Rosa Lida*, p. 3. *La traducción literal de Holland sería «de modo que la memoria del pasado pueda conservarse al recordar los actos extraordinarios de griegos y bárbaros por igual y, sobre todo, al mostrar cómo fue que llegaron a la guerra».*

<sup>7</sup> *J. S. Mill*, p. 283.

<sup>8</sup> *G. F. W. Hegel, Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, 2.2.3. *Se ha usado aquí la traducción de José Gaos, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.*

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

